



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de

Coordinación General de la Pastoral del Santuario

REFLEXIONES PARA VIVIR EN FAMILIA Y EN CASA EL LUNES DE PASCUA



*Monseñor Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Canónigo Lectoral del Venerable Cabildo Colegial de Guadalupe
Coordinador General de la Pastoral del Santuario*

ALELUYA HERMANOS Y HERMANAS, VERDADERAMENTE HA RESUCITADO EL SEÑOR.

Nos encontramos de lleno en la octava de Pascua. Con el Domingo de Resurrección hemos comenzamos la cincuentena del tiempo pascual que culmina con la solemnidad de Pentecostés. Llamamos Octava de Pascua a la primera semana de la cincuentena. Es como si se tratara de un gran domingo, que se prolonga por ocho días seguidos. Durante estos días las lecturas que nos brinda la liturgia se centran en el signo de la resurrección, las apariciones de Jesús Resucitado, así como los inicios de la predicación apostólica contenidas en el Libro de los Hechos de los Apóstoles.

Estamos celebrando el fundamento de nuestra fe cristiana. Dios nuestro Padre con la Resurrección estableció a Jesús en plenitud y ha dado a los cristianos: un nuevo nacimiento a una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”. En tos momentos, quizás de: dudas, de incertidumbre, de soledad, de desesperación causados por la Pandemia, debemos por la fe en el poder de Dios, discernir acompañados por el Resucitado, que se pueda caminar en una nueva forma de vida: “...celebrems, nuestra Pascua, no con la vieja levadura de la malicia y la perversidad, sino con los panes sin levadura de la pureza y la verdad”. (*San Pablo a los Corintios 1Cor. 5, 1-8*)

Hoy en este LUNES DE LA OCTAVA DE PASCUA, desde el Tepeyac y ante la mirada maternal de Santa María de Guadalupe enviamos a todos ustedes nuestros mejores deseos de: paz, confianza y esperanza para estos días, que todavía debemos VIVIR EN CASA. Que sea Santa María de Guadalupe quien acompañe esta nueva forma de vida en nuestras casas en unión y armonía con nuestros seres queridos.

*Monseñor Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Canónigo Lectoral del Venerable Cabildo Colegial de Guadalupe
Coordinador General de la Pastoral del Santuario*

LUNES DE LA OCTAVA DE PASCUA

La Solemne Vigilia Pascual en la gran noche del Sábado, para amanecer Domingo de Pascua fue siempre considerada por los cristianos de los primeros siglos, la celebración central de nuestra fe. Por encima de todas las demás festivas y solemnes. Ya antes del año 50 se celebraba una vigilia pascual en las Iglesias de Roma, Corinto, Asia Menor y Jerusalén; incluso hay quienes piensan que la Segunda Carta de Pedro es una homilía pascual pronunciada en Roma y dirigida a los cristianos de entonces como una especie de primera encíclica. Esta vigilia nocturna con la comunidad despierta, a la espera del retorno del Señor, culminaba con el bautismo de los catecúmenos adultos y la eucaristía de la madrugada del domingo.

Hasta el siglo XI, los simples sacerdotes, sólo en esta ocasión, podían cantar el *Gloria in excelsis Deo*, que ya, al tiempo de San Ethelwold (+ 984), en Inglaterra se entonaba en medio del sonido de las campanas. El Aleluya, el grito del júbilo cristiano, que estaba suprimido, en tiempo de Cuaresma por nueve semanas, surge con Cristo y suena gozoso en la boca de la iglesia. En el uso romano medieval, el papa mismo lo anunciaba: terminada la epístola, lo repetía tres veces con voz siempre más alta.

La Iglesia desde los primeros siglos cristianos, prolongó esta máxima fiesta cristiana durante siete días continuos. De esta semana pascual, tenemos los primeros testimonios en la segunda mitad del siglo IV, siendo considerada festiva como el día mismo de Pascua, el pueblo observaba el reposo y asistía a los servicios litúrgicos que se celebraban cada día.

En la Iglesia antigua esta Octava Pascual era de modo particular dirigido al perfeccionamiento de los neófitos – recién bautizados, completando su instrucción religiosa con catequesis, y reforzando la voluntad en el bien obrar con la recepción cotidiana de la santísima eucaristía. Son célebres sobre este particular las catequesis mistagógicas de San Cirilo de Jerusalén dadas a los neófitos en la semana pascual del 347, y las de San Ambrosio, que nos han llegado en el *De Mysteriis* y *De Sacramentis*.

La observancia de la semana entera pascual comenzó a decaer hacia el siglo IX, si bien muchos obispos y concilios se esforzaron por conservar la antigua disciplina. Hubo por esto diversas usanzas en los varios países. Mientras, por ejemplo, los *Statuta*, atribuidos a San Bonifacio (+ 754), conceden que al cuarto día los hombres puedan de nuevo comenzar a trabajar, el Decreto de Graciano (s.XII) enumera todavía en el elenco de las fiestas los siete días de Pascua. Sin embargo, de ordinario, después del siglo X, se consideraron como propiamente festivos solamente los dos primeros días de la semana después del domingo, y éstos se mantuvieron hasta el siglo XIX, cuando las exigencias de la vida moderna y el relajamiento general obligaron a suprimir también esto. Pero quedaron siempre festivos en el oficio litúrgico.

Uniéndonos a esta tan antigua y venerable tradición cristiana, también nosotros hoy, en 2020, VIVIENDO EN CASA, esforcemos por profundizar nuestra fe, reconocer el gran de la fe dado por Dios a cada uno de nosotros el día de nuestro Bautismo. Oremos y reflexionemos con las lecturas que nos ofrece esta OCTAVA DE LA PASCUA.

Primera lectura:

En esta lectura del Capítulo 2 de libro de los Hechos de los apóstoles, el discurso de Pedro en Pentecostés es el *kerygma*, el anuncio fundamental: *Jesús, hombre acreditado por Dios en vida con milagros de todo tipo, fue rechazado por los hombres. Pero Dios ha confirmado la justedad de su causa y le ha expresado su aceptación exaltándolo con la resurrección.*

El sello de Dios sobre Jesús, tanto en vida como en su muerte, está completo. Es más, todo estaba previsto en el plan de Dios, no verse abandonado a la corrupción de la muerte, Dios lo resucitó de entre los muertos.

Y de ello somos testigos todos nosotros. Pedro lo anuncia ahora nos toca a nosotros ser los nuevos testigos, sobre su extraordinario acontecimiento humano, sobre la absoluta presencia de Dios en nuestras vidas, especialmente en estos tan difíciles para la humanidad.

De los Hechos de los Apóstoles 2,14.22-32

El día de Pentecostés, Pedro, en pie con los once, levantó la voz y declaró solemnemente: Judíos y habitantes todos de Jerusalén, fijaos bien en lo que pasa y prestad atención a mis palabras. Israelitas, escuchad: Jesús de Nazaret fue el hombre a quien Dios acreditó ante vosotros con los milagros, prodigios y señales que realizó por medio de él entre vosotros, como bien sabéis. Dios lo entregó conforme al plan que tenía previsto y determinado, pero vosotros, valiéndoos de los impíos, lo crucificasteis y lo matasteis. Dios, sin embargo, lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte, pues era imposible que ésta lo retuviera en su poder, ²⁵ ya que el mismo David dice de él: *Tengo siempre presente al Señor, porque está a mi derecha para que yo no vacile. Por eso se regocija mi corazón, se alegra mi lengua y hasta mi carne descansa confiada; porque no me entregarás al abismo, ni permitirás que tu fiel vea la corrupción. Me enseñaste el camino de la vida y me saciaras de gozo en tu presencia.* Hermanos, del patriarca David se os puede decir francamente que murió y fue sepultado, y su sepulcro aún se conserva entre nosotros. Pero, como era profeta y sabía que Dios le había jurado solemnemente sentar en su trono a un descendiente de sus entrañas, vio anticipadamente la resurrección de Cristo y dijo que no sería entregado al abismo, ni su carne vería la corrupción. A este Jesús Dios lo ha resucitado, y de ello somos testigos todos nosotros. **PALABRA DE DIOS**

Segunda lectura

El Evangelio de hoy, se narran dos encuentros: el primero, entre Jesús y las mujeres, cuando éstas iban de camino para llevar el mensaje de la resurrección a los discípulos; el segundo, entre los sumos sacerdotes y los guardianes del sepulcro, que se dirigen a los jefes del pueblo para informarles de las cosas que han pasado.

En todo esto, el hecho central sigue siendo la tumba vacía y ante este signo hay dos caminos o bien Jesús ha resucitado, o bien ha sido robado su cadáver por sus discípulos. Como en esos tiempos, hoy nos toca a nosotros aceptar: o confiar en la presencia del Resucitado o quedarnos con la mentira organizada con malas intenciones. El acontecimiento de la resurrección es un hecho sobrenatural, y sólo la fe puede penetrarlo: la resurrección del Señor ha inaugurado tiempos nuevos, ha inaugurado el Reino de Dios basado en el triunfo sobre el pecado el mal y la muerte.

La resurrección del Señor, será siempre un *signo de contradicción* para la humanidad, lo es en estos tiempos tan trastocados por la Pandemia: o estamos abiertos a la fe y al amor, que es fuente de vida, esperanza y salvación; o seguimos con nuestra vida cerrada a Dios a su acción en nuestras vida: *“Mira que estoy a la puerta y llamo, y si alguien escucha mi voz, entrare y cenare con él y el conmigo”* (Libro de Apocalipsis de Juan 3,20)

Del Evangelio según San Mateo 28,8-15

En aquel tiempo, las mujeres salieron a toda prisa del sepulcro y, con temor pero con mucha alegría, corrieron a llevar la noticia a los discípulos. Jesús salió a su encuentro y las saludó. Ellas se acercaron, se echaron a sus pies y lo adoraron. ¹⁰ Entonces Jesús les dijo: *No temáis; id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán.*

Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los jefes de los sacerdotes todo lo ocurrido. Estos se reunieron con los ancianos y acordaron en consejo dar una buena suma de dinero a los soldados, advirtiéndoles: Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron su cuerpo mientras dormíais. Y si el asunto llega a oídos del gobernador, nosotros le convenceremos y responderemos por vosotros. Los soldados tomaron el dinero e hicieron lo que les habían dicho, y ésta es la versión que ha corrido entre los judíos hasta hoy. **PALABRA DEL SEÑOR.**

MEDITACION

Cuando examinamos los relatos de la Resurrección de Jesús, lo primero que salta a la vista es el papel tan importante que ocupan las mujeres en los mismos. El Resucitado, con su cuerpo glorificado escoge a quién le permite verle. Muchos se preguntan por qué Jesús se apareció primero a las mujeres. El papa San Gregorio Magno nos brinda una posible explicación: *“Lo que hay que considerar en estos hechos*

es la intensidad del amor que ardía en el corazón de aquellas mujeres, que no se apartaban del sepulcro. Buscaban al que no habían hallado, lo buscaban llorando y encendidas en el fuego del amor. Por ello, las mujeres fueron las únicas en verlo entonces, por que se habían quedado buscándolo, pues lo que da fuerza a las buenas obras es la perseverancia en ellas”.

Lo encontraron porque fueron las únicas que se atrevieron, las únicas que lo buscaron. No hay duda, ese amor que ardía en los corazones de aquellas mujeres les proporcionó algo que les faltó a los apóstoles, quienes se habían escondido por temor a las autoridades: valor. Un valor capaz de enfrentar los peligros de la noche y la presencia de los guardias que custodiaban el sepulcro: *“Es a las mujeres a quienes por primera vez confía el misterio de su resurrección, haciéndolas las primeras testigos de esta verdad. Quizá quiera premiar su delicadeza, su sensibilidad a su mensaje, su fortaleza, que las había impulsado hasta el Calvario”.* (San Juan Pablo II)

En la aparición del Resucitado con María Magdalena y María el ángel les anuncia: *“..... no tenga miedo, pues sé que buscan a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho. Vengan y vean el lugar donde estaba. Y ahora vayan a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allí lo verán. Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos”* Cuando regresan para comunicar la noticia, entonces el propio Jesús se les aparece: *“las saluda y ellas, acercándose, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán”* (Mt. 28, 9-10).

Es al cristiano hoy, ante la realidad devastadora para la humanidad por la Pandemia, que tiene la responsabilidad de anunciar a Jesucristo resucitado, como lo hicieron los apóstoles y la Iglesia en todos los siglos de fe cristiana. Será el testimonio personal quien convenza al mundo y a nuestra sociedad que Cristo ha triunfado sobre el mal, el pecado y la muerte, debemos ser heraldo de esperanza para quienes conviven estos días con nosotros en casa, es nuestra vida nueva como bautizados, hemos de creer, proclamar y testimoniar con nuestra existencia cristiana.

Hoy especialmente en esta Pascua 2020, creer en la resurrección de Cristo significa que cada uno de nosotros vivamos ese paso de las tinieblas de la muerte y del pecado, al gozo de la vida de resucitado, vida de esperanza y gracia. Jesús triunfante del abismo ha inaugurado una nueva creación, donde la muerte, el pecado y el demonio no tienen ya la última palabra, ellos fueron vencidos. La vida verdadera de Cristo resucitado, atraviesa las sombras de la muerte de la Pandemia y vence, lo mismo sobre el pecado y el demonio, para todo hombre y mujer salga de su tristeza, depresión o angustia y crea en Jesucristo, el Señor, Resucitado. Nosotros debemos creer por la fe que hemos recibido por el bautismo y llegar a la auténtica fe en Dios: *“Dichoso los que no han visto, y han creído”* (Jn. 20, 29).



*Reina del cielo, alégrate, aleluya.
Porque el Señor, a quien has llevado en tu vientre, aleluya.
Ha resucitado según su palabra, aleluya.
Ruega al Señor por nosotros, aleluya.
Goza y alégrate Virgen María, aleluya.
Porque en verdad ha resucitado el Señor, aleluya.*

Oh Dios, que por la resurrección de Tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, has llenado el mundo de alegría, concédenos, por intercesión de su Madre, la Virgen María, llegar a los gozos eternos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen.